Los dos años cruciales: 14-15

(Cuando Jesús empezó a poner orden en su interior)



Ángel Francisco Sánchez Escobar

Los dos años cruciales: 14-15

(Cuando Jesús empezó a poner orden en su interior)

Los dos años cruciales:

14-15

(Cuando Jesús empezó a poner orden en su interior)



Ángel Francisco Sánchez Escobar

@Ángel Francisco Sánchez Escobar
Semíramis Publicaciones, 2026
Maquetación y diseño de interior: Beatrice - Servicios Editoriales
Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción, transmisión o almacenaje de cualquier parte de este libro de manera o medio alguno, sin previa autorización del autor, exceptuando el uso de citas breves para reseñas periodísticas.
El autor ha hecho todo el esfuerzo para asegurarse de que la información de este libro sea exacta y completa.

Siguiendo las huellas de Ori

El día que mi padre habló del cambio invisible.....**9**
Pensar por uno mismo da un poco de miedo.....**13**
Cuando ya no basta repetir.....**17**
La pregunta que no se apaga.....**19**
La primera vez que se sintió distinto.....**21**
Descubrir que el bien no es solo obedecer.....**23**
El dolor de los otros empezó a dolerle.....**25**
No reaccionar también es una decisión.....**27**
Guardar silencio sin apagarse.....**29**
El conflicto que no se ve.....**31**
Ser fiel… sin romper.....**33**
La mente que empezaba a unirlo todo.....**35**
El descubrimiento del autocontrol.....**37**
Cuando la oración dejó de ser solo palabras.....**39**
Algo se estaba consolidando.....**41**
El equilibrio difícil.....**43**
Aprender a esperar.....**45**
La serenidad que empezó a notarse.....**47**
El año en que eligió gobernarse.....**49**
La certeza interior.....**51**
Lo que entendí esa noche.....**53**
Hablemos un momento.....**55**

Para pensar juntos.....**59**
Mi pequeño cuaderno de crecimiento.....**63**
Una idea para recordar.....**65**

El día que mi padre habló del cambio invisible



Mi padre desenrolló el papiro con mucho cuidado aquella tarde. No era como otras veces. El sonido del pergamino al abrirse fue suave, pero en la habitación apareció un silencio especial. Yo ya conocía ese silencio. Era el que venía justo antes de que mi padre dijera algo importante.

La lámpara iluminaba la mesa. Fuera se oían algunos pasos y voces lejanas de la calle. Dentro solo estábamos nosotros.

—Ori —dijo mi padre sin mirarme todavía—, hay cambios que casi nadie ve… pero son los que más transforman una vida.

Yo me senté en el suelo, apoyando la espalda contra la pared de piedra. Sabía que cuando hablaba así venía algo que me iba a hacer pensar mucho. Entonces dijo algo que me sorprendió.

—Jesús tenía catorce años cuando empezó uno de esos cambios invisibles.

Yo levanté la cabeza. Catorce. En mi mente traté de imaginarlo. No era un niño pequeño, pero tampoco era todavía un hombre.

—No fue un milagro —continuó mi padre—. No apareció una luz en el cielo. Nadie vio nada extraordinario.

Hizo una pausa y me miró.

—Fue algo más humano… pero también más profundo.

Yo me acerqué un poco más.

—¿Qué pasó?

Mi padre apoyó suavemente el dedo sobre el papiro.

—Su mente empezó a sostenerse por sí misma.

No entendí del todo. Creo que mi cara lo decía claramente. Mi padre sonrió.

—Hasta entonces había aprendido muchas cosas.

Había escuchado a sus padres, a sus maestros en la sinagoga, a las personas mayores del pueblo. Había memorizado las Escrituras y las tradiciones.

Yo asentí. Eso lo entendía.

—Pero ahora empezó algo nuevo —dijo—. Ya no repetía solo lo que oía. Empezó a examinar las cosas por dentro.

Fruncí el ceño.

—¿Eso no es desobedecer?

Mi padre negó con suavidad.

—No, Ori. Desobedecer es rechazar lo bueno. Pensar es asumir responsabilidad.

Me quedé en silencio. Pensar por uno mismo… Eso significa que, si te equivocas, ya no puedes decir que fue culpa de otro. Sentí algo extraño en el pecho.

Tal vez crecer empieza justo ahí.

Pensar por uno mismo da un poco de miedo



Al día siguiente mi padre volvió a abrir el papiro. Yo ya estaba esperando.

—Ori —dijo—, cuando un muchacho empieza a pensar por sí mismo, algo cambia para siempre.

Me explicó que en aquellos años la mente humana de Jesús empezó a funcionar de una forma nueva. Sus pensamientos ya no estaban separados como piezas

sueltas. Empezaban a unirse. Una idea llevaba a otra. Una experiencia le hacía pensar en algo más profundo.

—Eso le dio claridad —dijo mi padre—. Pero también le dio responsabilidad.

Yo miré la llama de la lámpara que se movía suavemente.

—¿Se sintió solo?

Mi padre tardó un poco en responder.

—A veces, sí. No porque estuviera abandonado. Tenía a su familia. Tenía hermanos y hermanas. Tenía amigos. Y ayudaba en el taller con su padre. Pero empezó a notar algo nuevo. Algunas ideas que nacían en su mente eran demasiado profundas para compartirlas en cualquier conversación.

Intenté imaginarlo. Tal vez estaba sentado con otros muchachos hablando de juegos o de carreras por los campos… mientras él pensaba en cosas mucho más grandes.

—¿Eso no es triste? —pregunté.

Mi padre negó lentamente.

—No necesariamente. Cuando la conciencia despierta, a veces aparecen momentos de soledad… pero también aparece comprensión.

Pensar da libertad. Pero también trae responsabilidad. Y eso empezó a formar el carácter de

Jesús.

Cuando ya no basta repetir



Jesús seguía yendo a la sinagoga. Seguía escuchando a los maestros. Seguía aprendiendo las Escrituras. Seguía respetando a quienes enseñaban. Pero algo había cambiado. Ya no le bastaba repetir. Cuando escuchaba una norma, pensaba en su significado.

Cuando oía una tradición, trataba de entender por qué existía. No lo hacía para discutir. No lo hacía para incomodar a nadie. Lo hacía porque su conciencia moral

estaba despertando.

Mi padre me explicó algo muy importante.

—Hasta entonces, el bien para él había sido principalmente obedecer lo que le decían. Ahora empezaba a convertirse en algo distinto.

—¿En qué?

—En convicción.

Eso me hizo pensar. Obedecer es seguir una regla. Convicción es decidir por uno mismo que algo es bueno. Y cuando decides por ti mismo…ya no actúas por miedo al castigo, sino porque sabes que es lo correcto.

Jesús empezó a actuar así. Y la coherencia es una forma muy fuerte de libertad interior.

La pregunta que no se apaga



Hubo una pregunta que empezó a aparecer muchas veces en la mente de Jesús. No era una pregunta pequeña. Era una de esas preguntas que vuelven una y otra vez. Jesús se preguntaba a sí mismo:

—Si Dios es Padre… ¿cómo quiere que vivamos entre nosotros?

Mi padre levantó la mirada del papiro cuando terminó de leer la pregunta.

—Ori, esa no es una pregunta sencilla.

Yo lo sabía. Porque si Dios es realmente un Padre… entonces el miedo no puede ser el centro de la vida. La violencia no puede ser el centro. La injusticia tampoco.

Mi padre explicó que esta idea no apareció de golpe en Jesús. No fue un pensamiento rápido. Fue creciendo poco a poco. Jesús observaba cómo algunas personas actuaban por temor religioso. Y él pensaba en silencio.

—El amor debe ser más grande que el miedo.

No lo dijo en voz alta. No empezó discusiones. No trató de corregir a los adultos. Dejó que esa idea creciera dentro de él. Como una semilla. A veces las ideas más fuertes empiezan así: en silencio.

La primera vez que se sintió distinto



Mi padre bajó un poco la voz cuando llegamos a este punto.

—Ori, en esos años Jesús empezó a notar algo nuevo.

—¿Qué?

—Que no reaccionaba igual que muchas otras personas. Cuando algunos muchachos se burlaban de

alguien, él sentía incomodidad. Cuando veía que alguien quedaba fuera del grupo, notaba la tristeza de esa persona. Cuando surgía un conflicto, su mente pensaba en cómo reconciliar a todos.

No era que se creyera mejor —pensé—. No era orgullo. Era que su sensibilidad estaba creciendo.

—La mente humana —explicó mi padre— puede volverse más compleja con el tiempo. Y cuando eso ocurre, también puede volverse más empática.

—¿Empática?

—Capaz de sentir lo que otros sienten. Eso puede ser hermoso. Pero también puede ser difícil. Porque cuando sientes más… también te afectan más las cosas.

Recordé una vez que vi llorar a un niño en la plaza y no supe qué hacer. Jesús, en cambio, estaba empezando a aprender algo importante. No solo sentir. Sino convertir ese sentimiento en una decisión buena. Y eso hace una gran diferencia.

Descubrir que el bien no es solo obedecer



Aquella tarde mi padre volvió a leer con calma. La llama de la lámpara se movía un poco, como si también escuchara.

—Ori —dijo—, en estos años pasó algo muy importante dentro de Jesús.

Yo me acerqué un poco más.

—¿Qué pasó?

—Su carácter moral empezó a hacerse firme.

No estaba seguro de entender esa frase. Mi padre lo explicó de otra manera.

—Empezó a elegir el bien incluso cuando nadie lo veía.

Eso me hizo levantar las cejas. Porque cuando nadie mira… es cuando más fácil es hacer las cosas rápido o a medias.

Mi padre continuó.

—No lo hacía por premio. No lo hacía para que alguien lo alabara. Ni tampoco por miedo a que lo castigaran. Lo hacía porque sabía que era lo correcto.

Me contó que a veces, en el taller, podía terminar un trabajo más rápido si lo hacía con menos cuidado. Nadie lo habría notado. Pero él elegía hacerlo bien. Con paciencia. Con precisión. Incluso cuando estaba cansado.

—La integridad —dijo mi padre— no depende de que haya testigos.

Esa palabra me hizo pensar. Integridad. Portarse bien cuando todos miran es fácil. Lo difícil es hacerlo cuando nadie lo sabrá.

Y ahí, dijo mi padre, es donde se empieza a formar el carácter.

El dolor de los otros empezó a dolerle



Mi padre respiró hondo antes de seguir.

—Ori, durante estos años Jesús empezó a comprender el sufrimiento humano de una forma más profunda.

Calló un momento.

—Antes, cuando veía a alguien triste o pobre, podía pensar: "Qué pena". Pero ahora era diferente.

Ahora lo sentía por dentro. Veía a personas que trabajaban demasiado y recibían muy poco. Veía discusiones injustas.

Seguro que veía a veces a adultos tratarse con dureza. Y esas cosas le dolían. No era solo una idea en su cabeza. Era algo que sentía de verdad en el corazón.

—Pero aquí está lo importante —continuó mi padre.

Levanté la cabeza.

—No dejó que ese dolor lo dominara. Aprendió algo muy difícil. Aprendió a gobernarse a sí mismo.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Significa no dejar que una emoción te empuje a reaccionar sin pensar. Jesús no ignoraba lo que sentía. Pero tampoco dejaba que el enojo o la tristeza lo controlaran. Pensaba primero. Respiraba. Elegía cómo actuar.

Yo bajé la mirada. Gobernarse a uno mismo… Eso suena más difícil que gobernar a muchas personas.

No reaccionar también es una decisión



Mi padre continuó leyendo.

—Hubo un día —dijo— en que un muchacho mayor lo provocó.

Yo abrí los ojos. Eso sí podía imaginarlo bien. Los muchachos mayores a veces provocan solo para ver qué pasa.

—Jesús tenía fuerza suficiente para responder —

añadió mi padre—. Podía haber discutido. Podía haber empujado. Podía haber contestado con palabras duras. Pero no lo hizo. Eligió otra cosa. Eligió no reaccionar con violencia.

Yo lo miré sorprendido.

—¿Por miedo?

Mi padre negó.

—No. Por dominio.

Luego me miró directamente.

—Ori, la verdadera fuerza no necesita demostrarse todo el tiempo.

Esa frase se quedó flotando en la habitación. A veces creemos que responder con fuerza nos hace valientes. Pero muchas veces la verdadera valentía es mantener la calma. Jesús estaba aprendiendo eso.

Y mientras escuchaba a mi padre, empecé a entender algo. Esos años no fueron pequeños. Fueron decisivos. Porque antes de cambiar el mundo… aprendió a gobernar su interior.

Guardar silencio sin apagarse

Aquella tarde mi padre no empezó a leer enseguida. Se quedó mirando el papiro un momento.

—Ori —dijo finalmente—, hay silencios diferentes.

Yo levanté la cabeza.

—¿Diferentes?

—Sí. Algunos silencios nacen del miedo. —Hizo una pausa—. Pero otros nacen de la sabiduría.

Me quedé pensando. Entonces continuó:

—En estos años Jesús empezó a notar que algunas ideas religiosas que escuchaba no encajaban del todo con lo que sentía en su interior sobre Dios.

Eso me sorprendió.

—¿Entonces discutía con los mayores?

—No.

Mi padre negó con suavidad.

—Jesús escuchaba. Reflexionaba. Pensaba. Pero no empezaba discusiones. Guardaba esas ideas en su interior.

—¿Eso no es esconderse? —pregunté.

Mi padre sonrió un poco.

—No, Ori. A veces es madurar.

Hay verdades que necesitan tiempo para crecer

antes de decirse en voz alta. Me imaginé a Jesús escuchando en la sinagoga. Pensando por dentro. Guardando algunas ideas mientras su mente seguía trabajando.

Aprendí algo esa tarde. Callar no siempre significa rendirse. A veces significa preparar algo más fuerte.

El conflicto que no se ve

Mi padre me explicó algo que nadie podía ver desde fuera.

—Ori, durante estos años Jesús vivió tensiones interiores muy profundas. Por fuera parecía un muchacho tranquilo. Responsable. Equilibrado. Pero dentro de su mente estaba intentando unir cosas muy grandes.

—¿Qué cosas? —pregunté.

Mi padre levantó tres dedos.

—La lealtad a su familia. La fidelidad a la tradición de su pueblo. Y la conciencia creciente de su relación especial con el Padre celestial. Tres cosas importantes. Y todas estaban dentro de su corazón al mismo tiempo. Jesús amaba profundamente a José. Respetaba a María. Quería honrar las tradiciones de su pueblo. Pero también estaba descubriendo algo muy profundo en su relación con Dios.

—Eso no debió de ser fácil —dije.

Mi padre asintió.

—No lo fue.

Entonces dijo algo que me hizo pensar mucho.

—La verdadera grandeza moral no consiste en romper cosas… sino en aprender a integrarlas. Jesús no quiso dividir su vida. No quiso vivir una cosa por dentro

y otra por fuera. Intentó armonizarlo todo. Y esa armonía no apareció de un día para otro. Se fue construyendo poco a poco. Día tras día.

Ser fiel… sin romper



Mi padre levantó un poco la vista del papiro antes de seguir leyendo.

—Ori —dijo con calma—, en estos años Jesús aprendió algo muy difícil.

Yo me acerqué un poco más.

—¿Qué era?

—Aprendió a ser fiel a lo que sentía como verdadero en su interior… sin romper la confianza de los demás.

Eso me dejó pensando.

—¿Cómo se hace eso?

Mi padre apoyó las manos sobre la mesa.

—Con paciencia… y con amor.

Me explicó que cuando una persona descubre algo nuevo y lo dice con orgullo o con impaciencia, muchas veces hiere a los otros sin querer. Una idea verdadera, si se dice sin respeto, puede parecer una agresión. Y una convicción profunda, si no espera el momento adecuado, puede provocar discusiones innecesarias. Jesús comprendió eso. No dejó de pensar. No dejó de reflexionar. Pero tampoco usó sus ideas para imponerse.

Mi padre hizo una pequeña pausa. Luego dijo algo que me hizo pensar mucho:

—El que está seguro de su verdad no necesita gritarla.

Me quedé mirando la lámpara. Tal vez la seguridad verdadera no hace ruido. Tal vez simplemente permanece firme.

La mente que empezaba a unirlo todo

Mi padre continuó leyendo con calma.

—En estos años —dijo— la mente de Jesús empezó a ordenar sus pensamientos de una forma nueva.

Yo lo miré curioso.

—¿Nueva?

—Sí. Ya no pensaba cada idea por separado. Las conectaba. Relacionaba una cosa con otra. Una enseñanza con una experiencia. Una emoción con una decisión.

—Eso es madurez mental —explicó mi padre—. No es solo aprender muchas cosas. Es entender cómo encajan entre sí.

Intenté imaginarlo. Como si su mente fuera un tejido que se iba entrelazando. Cuando veía una injusticia, pensaba en la idea de un Padre justo. Cuando veía a personas vivir con miedo religioso, pensaba en la confianza que debería existir hacia Dios. Cuando veía dureza o violencia, pensaba en la compasión. Nada quedaba aparte. Todo empezaba a tener sentido.

Mi padre me miró.

—Cuando la mente se ordena… el corazón también encuentra estabilidad.

Me gustó esa idea. Era como si por dentro todo empezara a colocarse en su lugar.

El descubrimiento del autocontrol

Mi padre siguió leyendo.

—Este fue un año muy importante para el dominio del temperamento.

Yo levanté la cabeza.

—¿Jesús se enfadaba?

Mi padre sonrió un poco.

—Claro. Era humano. Sentía indignación cuando veía algo injusto. Sentía frustración cuando algo no salía bien. Sentía muchas emociones fuertes. Pero estaba aprendiendo algo nuevo. No dejar que esas emociones decidieran por él.

Mi padre me contó un ejemplo.

—Un día en el mercado ocurrió una pequeña injusticia. Algo que podía haber provocado una discusión. Jesús sintió indignación. La suficiente como para intervenir con dureza. Pero se detuvo. Respiró. Pensó. Y eligió actuar con calma. Eso es autocontrol —dijo mi padre—. No significa no sentir emociones. Significa no dejar que las emociones gobiernen tu comportamiento.

Yo bajé la mirada. A veces, cuando me enfado, hablo antes de pensar. Jesús estaba aprendiendo lo

contrario. Pensar antes de hablar.

Mi padre añadió algo más:

—El gobierno de uno mismo no se aprende en un día. Se practica. Y Jesús lo estaba practicando todos los días.

Cuando la oración dejó de ser solo palabras



Este momento de la lectura fue más silencioso. Mi padre bajó un poco la voz.

—En estos años la relación de Jesús con el Padre cambió profundamente. Antes oraba como muchos niños. Repitiendo oraciones aprendidas. Fórmulas que había escuchado muchas veces. Pero ahora estaba ocurriendo algo diferente.

Me miró un momento.

—Su oración empezaba a convertirse en diálogo interior —continuó—. No buscaba señales extraordinarias. No pedía pruebas. No exigía respuestas visibles. Simplemente hablaba con Dios… y escuchaba en su interior.

—¿Cómo se siente eso? —pregunté casi en susurro.

Mi padre me miró con una expresión muy tranquila.

—Es como saber que no estás solo… incluso cuando todo está en silencio.

Me quedé pensando en eso. Jesús empezaba a vivir con una certeza interior. Una certeza que no dependía de emociones fuertes. Ni de momentos espectaculares. Solo de una confianza profunda. Y cuando alguien sabe que pertenece a Dios… el miedo empieza a perder fuerza.

Algo se estaba consolidando

Cuando llegamos a esta parte mi padre dejó de leer un momento. Luego continuó.

—Al acercarse al final de esos años, algo estaba más firme dentro de Jesús. Su mente era más clara. Sus emociones estaban más equilibradas. Y su voluntad era más fuerte. No había anuncios. No había discursos. Nadie en el pueblo sabía todo lo que estaba ocurriendo dentro de él. Pero algo muy importante se estaba formando.

—¿Qué era, padre?

—Había tomado una decisión interior muy profunda. Gobernarse a sí mismo antes de intentar cambiar nada fuera.

Mi padre cerró el papiro un momento y me miró.

—Ori, antes de enseñar a otros… se enseñó a sí mismo.

La habitación quedó en silencio. Pensé en lo que muchas personas creen importante. Las cosas grandes. Las acciones visibles. Los momentos en que todos miran. Pero comprendí algo que me hizo sentir un pequeño escalofrío. Los años más importantes muchas veces son los que nadie ve. Porque son los años en los que se construye la fuerza interior que sostendrá todo lo demás.

El equilibrio difícil

Mi padre volvió a encender la lámpara antes de seguir leyendo. La luz llenó otra vez la habitación con ese brillo suave que siempre acompañaba nuestras conversaciones.

—Ori —dijo—, hay algo que muchas personas no notan cuando hablan de crecer.

Yo levanté la mirada.

—¿Qué cosa?

—El equilibrio.

—Yo pensé que crecer era simplemente hacerse más fuerte… o aprender más cosas —afirmé.

Pero mi padre negó suavemente.

—No. Crecer es aprender a equilibrar fuerzas distintas dentro de ti. Jesús estaba desarrollando varias cosas al mismo tiempo. Su mente era cada vez más clara. Su sensibilidad era cada vez más profunda. Y su voluntad era cada vez más firme.

—¿Qué quieres decir?

—Que son tres fuerzas importantes —dijo.

Entonces levantó tres dedos.

—La mente —dijo señalando el primer dedo.

—El corazón —dijo señalando el segundo.

—Y la voluntad —dijo señalando el tercero.

Luego empezó a explicarlo.

—Si la mente domina sin corazón, la persona puede volverse fría.

Bajó un dedo.

—Si el corazón domina sin razón, la persona puede volverse impulsiva.

Bajó otro.

—Y si la voluntad domina sin amor, la persona puede volverse dura. Jesús estaba aprendiendo a armonizar esas tres fuerzas. No siempre era fácil. Había momentos en que pensaba demasiado. Momentos en que sentía demasiado. Momentos en que quería actuar antes de tiempo. Pero aprendía a volver al centro.

—¿Cómo se vuelve uno al centro? —pregunté.

Él respondió con calma.

—Recordando quién eres… y a quién perteneces.

Esa respuesta me acompañó el resto de la noche.

Aprender a esperar



Mi padre continuó leyendo.

—Uno de los mayores aprendizajes de estos años fue la paciencia.

Yo me moví un poco en el suelo. Esperar nunca ha sido fácil.

Él explicó que Jesús empezaba a comprender cosas que muchos otros aún no veían. Percibía que el amor debía ocupar el lugar central en la relación con Dios. Entendía

que la justicia debía ir unida a la misericordia. Veía que el miedo no podía ser el fundamento de la vida espiritual.

Pero también comprendía algo importante. Aún no era el momento de decir todo eso. Podría haber discutido. Podría haber mostrado sus argumentos. Podría haber tratado de convencer a otros. Pero eligió esperar. Yo fruncí el ceño.

—Eso debe de ser muy difícil.

Mi padre asintió.

—La paciencia no es pasividad.

Me miró con seriedad.

—Es fuerza contenida. Jesús no estaba quedándose quieto. Estaba creciendo por dentro. Estaba acumulando comprensión. Estaba preparándose.

Y entendí algo que nunca había pensado antes. No todo lo que comprendemos debe decirse inmediatamente.

La serenidad que empezó a notarse

Mi padre siguió leyendo.

—A medida que estos años avanzaban, algo en la presencia de Jesús empezó a cambiar. No era algo visible como una ropa distinta o una apariencia diferente. Era otra cosa. Serenidad.

Miró el pergamino.

—Cuando surgía una discusión entre muchachos, él no reaccionaba con prisa. Escuchaba. Pensaba. Y respondía con calma.

Mi padre levantó la mirada.

—Ori, la serenidad verdadera nace de la coherencia interior. No significa que una persona no sienta emociones. Significa que lo que piensa, lo que siente y lo que decide empiezan a caminar juntos.

—No lo sabía.

—Jesús todavía tenía preguntas —añadió—. Todavía reflexionaba mucho. Pero ya no estaba dividido por dentro. Había empezado a encontrar una unidad interior. Y cuando alguien vive en paz dentro de sí mismo… los demás empiezan a notarlo.

El año en que eligió gobernarse

Mi padre dijo esta parte con mucha claridad.

—Entre los catorce y quince años, Jesús alcanzó algo muy importante.

Yo lo miré con curiosidad.

—¿Qué cosa?

—El gobierno consciente de su naturaleza humana.

Eso sonaba muy grande. Mi padre lo explicó con palabras más sencillas.

—No significa que dejara de sentir tentaciones. Significa que ya no se dejaba gobernar por ellas. No significa que no tuviera impulsos. Significa que aprendió a dirigirlos. Su mente guiaba. Su corazón acompañaba. Y su voluntad decidía.

Sentí algo fuerte al escuchar eso. Antes de enseñar a otros cómo vivir… Jesús aprendió a vivir consigo mismo. Antes de hablar de amor… aprendió a dominar el orgullo. Antes de hablar de paz… aprendió a gobernar su temperamento.

Mi padre cerró un momento el papiro.

—Ori, la verdadera autoridad nace del dominio propio.

Esa frase quedó suspendida en el aire.

La certeza interior



Mi padre volvió a abrir el papiro lentamente.

—En estos años —dijo— algo se volvió estable dentro de Jesús. No fue una revelación espectacular. No fue una voz constante. Fue algo más silencioso. Certeza. Certeza de que era hijo del Padre celestial. Certeza de que su vida tenía un propósito.

—¿Cómo?

—Aunque todavía no conociera todos los detalles

de ese propósito. Certeza de que Dios lo acompañaba. Esa seguridad le dio una tranquilidad profunda. No necesitaba aprobación constante. No necesitaba demostrar que era mejor que otros. No necesitaba imponerse. Sabía quién era en relación con Dios. Y cuando una persona sabe eso… la comparación con los demás pierde importancia.

Me quedé pensando. Tal vez la identidad verdadera no depende de lo que otros dicen de ti.

Lo que entendí esa noche

Mi padre enrolló el papiro lentamente. La lámpara seguía iluminando la habitación con una luz tranquila. Ninguno de los dos habló durante unos momentos. Yo estaba pensando.

Siempre había imaginado que los años importantes de la vida de Jesús eran los de los milagros. Las multitudes. Las enseñanzas grandes.

Pero esa noche entendí algo diferente. Los años más cruciales fueron estos. Los silenciosos. Los que casi nadie vio. Jesús no hizo nada espectacular en esos años. No levantó muertos. No predicó a multitudes. No discutió en plazas.

Hizo algo mucho más difícil. Se ordenó por dentro. Aprendió a pensar con responsabilidad. Aprendió a sentir sin dejarse dominar. Aprendió a esperar. Aprendió a integrar su mente, su corazón y su voluntad.

Y mientras la llama de la lámpara empezaba a apagarse, sentí algo pequeño pero firme dentro de mí. Tal vez crecer no significa solo hacerse más grande. Tal vez crecer significa aprender a pensar, sentir y actuar con amor y coherencia.

Y quizá los años más importantes de una vida son

aquellos en los que aprendes a gobernarte a ti mismo… antes de intentar gobernar cualquier otra cosa.

Hablemos un momento

¿Crees que pensar por uno mismo da un poco de miedo? ¿Por qué a veces es más fácil repetir lo que dicen otros?

_____

_____

_____

_____

¿Te ha pasado alguna vez que entendiste algo importante y no sabías cómo explicarlo a los demás?

_____

_____

_____

_____

¿Cuál crees que es la diferencia entre obedecer una regla y hacer algo porque sabes que es lo correcto?

_____

_____

_____

_____

¿Qué haces cuando ves que alguien está siendo tratado

injustamente? ¿Te cuesta intervenir o ayudar?

_____

_____

_____

_____

Jesús estaba aprendiendo a gobernar sus emociones. ¿Qué haces tú cuando te enfadas mucho?

_____

_____

_____

_____

¿Crees que callar a veces puede ser más fuerte que responder? ¿En qué situaciones?

_____

_____

_____

_____

Jesús estaba aprendiendo a esperar el momento adecuado para decir ciertas cosas. ¿Te cuesta esperar cuando sabes algo o quieres decir algo importante?

_____

_____

_____

_____

¿Qué crees que significa “gobernarse a uno mismo”?

_____

_____

_____

_____

Después de escuchar toda la historia, Ori piensa algo importante: ¿Qué crees que es más difícil: cambiar el mundo o aprender a gobernarse a uno mismo?

_____

_____

_____

_____

Para pensar juntos

Ori se quedó pensando mucho después de escuchar la historia de su padre. Tal vez a ti también te han surgido algunas preguntas. No hay respuestas correctas o incorrectas. Lo importante es pensar y conversar.

Pregunta 1

Jesús empezó a pensar por sí mismo. ¿Crees que a veces es difícil pensar por uno mismo en lugar de repetir lo que dicen otros?

_____

_____

_____

_____

Pregunta 2

Jesús aprendió a hacer lo correcto incluso cuando nadie lo veía. ¿Te ha pasado alguna vez que hiciste algo bueno aunque nadie lo supiera?

_____

_____

_____

_____

Pregunta 3

A veces Jesús elegía no reaccionar con enojo. ¿Qué haces tú cuando alguien te provoca o te hace enfadar?

_____

_____

_____

_____

Pregunta 4

Jesús pensaba mucho en esta pregunta: Si Dios es Padre, ¿cómo deberíamos tratarnos entre nosotros? ¿Qué piensas tú?

_____

_____

_____

_____

Pregunta 5

Jesús aprendió a esperar antes de hablar o actuar. ¿Te cuesta esperar cuando quieres decir algo o hacer algo rápido?

_____

_____

_____

_____

Pregunta 6

Jesús aprendió a gobernarse a sí mismo. ¿Qué crees que significa gobernarse a uno mismo?

_____

_____

_____

_____

Mi pequeño cuaderno de crecimiento

Ahora piensa un momento en ti. Puedes decirlo en voz alta, escribirlo o comentarlo con alguien de tu familia.

Hoy aprendí que…

_____

_____

_____

_____

Algo que quiero mejorar en mí es…

_____

_____

_____

_____

Una cosa buena que puedo hacer mañana es…

_____

_____

_____

_____

Una idea para recordar

Ori comprendió algo muy importante aquella noche: Antes de cambiar el mundo… primero aprendemos a ordenar nuestro interior.

Tal vez crecer no es solo hacerse mayor. Tal vez crecer es aprender a pensar, sentir y actuar con amor y coherencia. Y cada día es una nueva oportunidad para empezar.